

RAQUEL CAMAÑA

y sus conceptos educacionales

I. La personalidad de Raquel Camaña. II. Los ideales. — La religiosidad humana o humanismo. — El culto religioso o pseudo-religiosidad. — El desdoblamiento de la personalidad moral. — Armonía entre lo ideal y lo real. — Concepción integral de la vida. III. ¿Qué es la educación integral? — El proceso ideativo. — La palabra y el concepto. — La realidad de la vida como medio educativo. — La evocación. — El lenguaje. — El examen oral y escrito. — El examen-problema.

La personalidad de Raquel Camaña al través de su fecunda obra educacional, revela una potencia intelectual poco común. Iniciados sus estudios bajo la sabia dirección de una verdadera maestra — Mary O'Graham — ha nutrido su inteligencia en los pensadores modernos más profundos, asimilando a fondo sus ideas para madurarlas en su grande alma y hacerlas brotar con nueva vida y originalidad propia.

Su espíritu profundamente analítico, se hallaba asociado a un poder de síntesis vigoroso, de ahí su predilección para abordar los grandes problemas sociales y especialmente el fundamental problema de la educación, que estudia con gran amor y elevación de miras, y resuelve en una sublime idealización de la vida real.

Cimentadas sus orientaciones educacionales en sólidas bases científicas, ha arremetido con tenacidad y valentía los prejuicios más arraigados, particularmente los prejuicios sexuales, tan cristalizados en nuestro ambiente, manteniendo siempre a gran altura su delicada feminilidad.

En su enérgica y perseverante acción, es digno de notarse la entereza de su carácter, su vehemencia ardiente y su convicción íntima, que le conquistaron la admiración y el cariño de toda persona de pensamiento y de corazón.

Toda su obra se halla impregnada de un sentimiento vivo y hondo, inspirada en una sinceridad profunda, y animada de un fervor que le imprime una realidad viviente.

Enemiga del apostolado de profesión, fabricado en moldes arcaicos, no ha escatimado esfuerzos para orientar a la humanidad en una senda de perfección ascendente, para que todas las personas adquieran el máximo de superioridad y sean a su vez creadores de hijos mejores, para avanzar de generación en generación hasta formar el superhombre, su objetivo final.

Ha bregado por la felicidad del hombre, en su faz individual, familiar y social, brindándole sus más preciadas luces y esfuerzos, más aún, le ha sacrificado todo, hasta la salud y la vida misma.

Sin preocuparse de cimentar su gloria futura, no nos ha dejado el libro sintetizador de sus conceptos, pero ha dispersado en innumerables conferencias y publicaciones, piezas elocuentes de su amplia orientación educacional; nos la ha presentado bajo mil aspectos diversos, que se complementan y compenetran en una síntesis superior.

Nos proponemos en este trabajo *ordenar* sus ideas en un plan educacional y depurarlas de sus múltiples repeticiones, sirviéndonos de los artículos que bajo el nombre de «Pedagogía social» ha publicado «La Cultura Argentina».

No pretendemos nada original, preferimos en lo posible emplear sus propias palabras, hasta copiar páginas enteras, por el estilo vigoroso que tan bien pone de relieve las ideas que expone. Creemos con este trabajo hacer obra útil, a pesar de ello, su «Pedagogía social» es para los estudiosos una fuente inagotable de enseñanzas, que aumenta con el número de veces que se la lee.

II

He ahí las proposiciones generales más importantes:

1º El humanismo es la base del ideal integral; será la religión del porvenir.

2º La educación integral es el medio práctico que realizará el ideal de hombre perfeccionado.

3º Los medios prácticos para implantar la educación integral son:

- a) La escuela única.
- b) La coeducación sexual.
- c) La instrucción y educación sexual.
- d) La escuela-hogar.

Expliquémonos, estudiando detalladamente estas aseveraciones.

Ante la observación de las profundas incógnitas que nos plantea la naturaleza, ante la dificultad de desenvolver las múltiples facetas de nuestra personalidad, ante el choque con grandes injusticias en el medio en que vivimos, surge en toda mente normal el anhelo de vencer estos obstáculos, el deseo de gozar de mayor suma de felicidad; nacen en nosotros los primeros rudimentos del ideal.

El ideal es la fuerza psíquica más poderosa que nos conduce progresivamente hacia un perfeccionamiento indefinido, culminando en el advenimiento de una humanidad superior.

El progreso y la civilización humana son la consecuencia de la transformación de los ideales del pasado en realidades presentes; lo que imaginamos en el presente, crea del mismo modo la realidad futura.

A la realización del ideal, responden las concepciones filosóficas y religiosas, los estudios e investigaciones científicas, los sistemas educacionales y económicos, la acción política y social bien entendida y todo movimiento individual o colectivo que tienda a algún perfeccionamiento.

La solidaridad social, mediante la recíproca cooperación, multiplica los elementos de triunfo e intensifica nuestra felicidad, porque la unión hace la fuerza, y la dicha compartida por muchas personas, aumenta la propia.

Observando la marcha ascendente del hombre en su conquista de la felicidad, llama poderosamente la atención el ritmo oscilante que la anima: Acción y reacción, progreso y decaimiento, culminación y desagregamiento, en vaivén continuo tejen y destejen la trama del progreso. Y a pesar de ello avanza el hombre. Cabe preguntar: ¿Qué fuerza lo empuja? ¿Se-

rá posible hallar *una*, que lo conduzca sin desfallecimientos hacia un progreso indefinido, perdurable, cuya duración será medida por la duración de la especie humana, y su culminación alcanzada con el advenimiento de una humanidad normalmente superior?

Respondemos que ello es posible; véamoslo: Nuestra modalidad psíquica y nuestra cultura dependen grandemente del medio ambiente en que nos desenvolvemos, pero la herencia de la especie mantiene en nosotros profundamente arraigado el humanismo o religiosidad, que es el sentimiento intuitivo que tiende al perfeccionamiento humano, y que abarcando la verdad, la justicia, la bondad, la belleza, la sabiduría, culmina en la síntesis integral humana: el bien.

En resumen, *de la religiosidad o humanismo surge el ideal que nos conduce al bien.*

La religiosidad es completamente distinta y hasta opuesta al culto religioso; la primera es un sentimiento natural, el segundo es el homenaje a una ficción. El apego al culto religioso ha traído en los pobres de espíritu el divorcio entre el sentimiento y la idea, la oposición entre el pensamiento y la acción, y como consecuencia el caos en la dirección superior de la personalidad. El producto genuino de esta educación religiosa en los pueblos civilizados, son hombres sin carácter, desorientados; ahí tenemos la explicación del porqué los hombres vociferan con frecuencia cuando forman multitudes, en vez de exponer ideas, del porqué obren impulsados por excitaciones ajenas en vez de hacerlo guiados por su propia firme voluntad (1).

El ideal sólo adquiere solidez cuando abarca y correlaciona todos los *aspectos de la personalidad humana*, es decir, cuando es integral.

Los ideales parciales que pretenden usurpar por sí sólo el ideal integral o total son falsos, debido a su unilateralidad; tal es el culto de la fuerza, aún hoy entronizada en la guerra; tal es también la esperanza en el más allá de la vida.

(1) De análogas fallas adolece la educación pseudo-patriótica de nuestras escuelas. Los educandos son convertidos en fetichistas de símbolos, en vez de interiorizarles ampliamente de la significación de los mismos, en vez de hacerles comprender las verdaderas necesidades que han llenado los grandes hombres y en vez de incitarlos a una actividad que se inspire en los mismos ideales.

Estos ideales parciales terminan por desaparecer, si no evolucionan paralelamente con las conquistas de la ciencia y del progreso y si no adaptan lo intuitivo individual (lo interno) a las leyes naturales individuales (a lo externo). El desequilibrio de los ideales parciales con la realidad, desorbita la vida, convirtiéndolos en ilusiones, tanto más funestas cuanto mayor verdad contienen. Si los ideales no evolucionan adaptando la ilusión vital (lo interno) a las verdades científicas (lo externo), se convierten en mentiras vitales, como lo atestigua la historia, deformando o aniquilando la energía interna, oponiendo esta energía en una lucha estéril a la fuerza universal, y convirtiendo la conciencia humana en fábrica de abstracciones, en guerra abierta con la lógica de las realidades. Luego, todo ideal es eterno si evoluciona adaptándose a la vida, en caso contrario, es degenerado o está en vías de desaparecer.

El ejemplo más nuestro de cómo degenera un ideal por cristalización, lo proporcionan las virtudes cristianas; al principio indispensables para corregir la virulencia del egoísmo nativo, y contrarrestar los abusos naturales pero antisociales de los poderosos a fin de hacer posible la vida en común, son hoy nocivas a las sociedades caducas excesivamente domesticadas, que requieren más bien enérgicos revulsivos para llevarlos a la acción y a la lucha. El cristianismo al escindir al hombre en exterior e interior, al mundo en tierra y cielo, al más allá en infierno y paraíso, ha descompuesto la unidad humana deformando su personalidad.

No osando el hombre atribuir a sus propias fuerzas, los grandes momentos en que la vida traza una línea ascendente, es decir, habiendo observado un cambio originado en sí sin haberlo provocado en apariencia, imaginó por ignorancia que en determinados casos triunfaría gracias a un estímulo externo al yo, en quien delegó una responsabilidad mayor, subyugando a él su ser pasivo.

Es que en realidad al crear, la energía interna intensificando su acción nos lleva más allá de ese «nosotros mismo» que existía antes del momento de la creación. Tal es la evolución creadora. El desdoblamiento de la personalidad por la men-

tira pseudo-religiosa es una alteración morbosa de la misma, basada en el terror ante la potencia inesperada del yo.

Las concepciones o creencias de una vida futura, son engendradas por el deseo de más goce y de vivir eternamente. Este deseo es alimentado por el sentimiento y guiado por un falso razonamiento imaginativo.

El ideal que no encuadra en una posible realidad presente o futura, es ficticio; ideal y construcción ideativa no son pues sinónimos. Entre el ideal humano y la realidad no pueden jamás originarse inarmonías.

Como la *idea* es la fuerza que tiende a realizarse normalmente en el hombre actual (1), al concebir éste su posible perfeccionamiento en el futuro encauzará su energía para realizar el tipo creado idealmente. Así la energía conciente del hombre coopera en la evolución con relativa libertad.

Siendo el hombre producto de la herencia, del medio ambiente y de la educación, lo es también de *conciencia más evolucionada*; y al elevar subjetivamente el tipo humano por medio del ideal, encauza la energía interna y facilita la posible objetivación de esa energía.

Otra condición indispensable del ideal es la afirmación de la vida. *Toda idea religiosa que contiene la afirmación de la vida tal cual nos es dado conocerla, es buena. Toda idea religiosa por bella y consoladora que sea en apariencia, es mala si contiene la negación o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla.* De ello se desprende que la educación e instrucción pseudo-religiosa actual es mala porque contraría la afirmación de la vida; porque deprime la personalidad incitando a desconfiar de nuestras propias fuerzas al señalar como finalidad de la vida humana un más allá de la vida misma; porque deslumbra con ilusiones, deformando lo natural hasta el absurdo, al engendrar y alimentar prejuicios, sobre todo prejuicios sexuales; porque coloca la potencia que dirige al hombre fuera de él, al hacerle vislumbrar una posible intervención divina ocasional. Sólo la religiosidad humana basada en la educación e instrucción integral, diviniza al hombre

(1) Lo cual no significa que la idea sea el único motor de nuestras acciones.

haciéndole concebir como ideal, el superarse a sí mismo al crear, al dar vida a un nuevo ser.

El más humano ideal del hombre es ser padre, el más humano ideal de la mujer, es ser madre. Padre y madre de hijos mejores, física y moralmente superiores de generación en generación, prepararán el advenimiento de razas futuras que sean jalones en el perfeccionamiento de la humanidad.

El peligro mayor de la mentira vital religiosa, es el de llenar una necesidad humana aún no satisfecha por la ciencia, porque *equilibra la línea de la vida* aunque momentánea y falsamente, porque engendra las grandes convicciones aparentes, creando así *una lógica afectiva particular* que domina inconcientemente las multitudes: ante un peligro, frente al dolor, el deseo intenso de ayuda, inhibiendo los juicios racionales, engendró la ilusión de una intervención divina ocasional, explicable por la ceguera e insensibilidad durante un estado emocional agudo. El dolor moral buscó un remedio, se esforzó en restituir aunque fuera por medios artificiales (la ilusión) la cantidad de vida, de energías perdidas y engendró ese elemento de consolación llamada plegaria, pseudo-consuelo que no conforta sino a los incapaces de consolarse en la fuente de la ruda y sana verdad (1).

La mentira religiosa agoniza actualmente, debido al trágico esfuerzo de la humanidad en poner de acuerdo los deseos del corazón con las leyes del universo; comenzará así el reino de lo divino natural; las criaturas, las cosas, se graduarán en la escala de la vida por la cantidad de virtud que almacenen; lo pequeño no podrá parecer grande, como acontece para burla y escarnio de nuestra propia inteligencia; ni lo débil podrá parecer robusto; ni las aspiraciones más nobles serán por una estupenda inversión de valores morales; las que depriman y amengüen la voluntad de ser. Las superioridades, las verdades, los triunfos se impondrán sin demostración, por sí mismos, por el hecho de existir.

Afirmamos la existencia de una concepción religiosa de la vida semejante al ideal cristiano, o semejante a una ilusión

(1) Sobre este interesante tópico puede consultarse la obra de Guyau «La irreligión del porvenir».

neo-romántica *que surge de nuestro ser*, sin necesidad de creencia ilusoria, *es un ideal hijo del instinto más potente aún ineducado, que rige la vida entera*, (desde que por él es engendra): *del instinto de procreación humana, integralmente orientado.*

Es ley instintiva del desarrollo, el vestir la realidad de la vida con velos de ilusión; y es el acto biológico de la generación el más sagrado, más poético y más humanamente idealizado.

III

La educación integral es el medio práctico que realizará el ideal de hombre perfeccionado. Siendo la ignorancia y maldad de los hombres, las plagas esenciales que mantienen un estado social inferior, debemos aplicar el remedio heroico que los anule: *la educación.*

En una democracia el problema más grave es el de instruir y educar a la juventud, y para que la educación llene su misión debe ser *integral* (1), es decir, debe desenvolver *todas las faces de la personalidad humana*, haciéndole asimilar los conocimientos en un conjunto sintético, encadenado, paralelamente progresivo, desde la más temprana edad; formará ciudadanos concientes de sus derechos y deberes; al lado de su profesión u oficio les hará comprender en sentido general los fenómenos del universo, de la historia y de la sociedad en sus relaciones más importantes y sabrá salvaguardarles de un utilitarismo bajo y grosero.

La instrucción integral es a la vez y recíprocamente finalidad y medio de educación.

La instrucción integral deberá aplicarse en todos los establecimientos educacionales tanto en las escuelas primarias y secundarias, como en la universidad.

La fortuna y la educación esmerada no constituyen una propiedad particular, por esfuerzos que hayamos hecho para adquirirlas, no tenemos el derecho de disfrutarlas aisladamente. Nadie es hijo exclusivo de sus obras, cada uno se eleva so-

(1) Consúltese Giroud «Educación integral».

bre la experiencia ancestral, y cuanto más alto llega, mayor es su deuda por ser mayor el capital común usufructuado. ¿Cómo restituirlo equitativamente a los demás, sino facilitándoles los medios para desarrollar la propia fuerza que les permitirá adueñarse de ese capital común, aquilatado por la experiencia, llámese posición social, bienestar, oro, poder, sabiduría, bondad, carácter, energía, felicidad?

El ideal de escuela es una gran familia donde ricos y pobres irán a conquistar la ciencia según sus aptitudes y facultades, para el mayor bien de la humanidad.

El final único de toda obra educativa es la creación de realidades sociales: la escuela debe moldear una nueva generación, orientándola no sólo a la contemplación y satisfacción en abstracto de la justicia, de la verdad, de la bondad y de la belleza, sino que la incitará a la acción fecunda, que se traduzca en sentimiento hondo, intenso, sagrado, de la vida, tanto más expansiva, tanto más universal, cuanto más profunda, cuanto más humanamente individual sea.

Los conocimientos que el alumno adquiere en la escuela, deben servir para la aplicación práctica en la vida diaria, deben reflejar la realidad del medio social que habita; toda teoría o sistema educacional que no conduzca a la obtención de una mejora real, no sirve.

El *proceso ideativo* arranca del contacto directo de los órganos de los sentidos con la naturaleza, por medio de las percepciones-sensaciones y paulatinamente llega a la más compleja abstracción mental y a la palabra, es decir, parte de la realidad y llega a la única realidad objetiva: el sonido o la escritura. Ahora bien, si suministramos *palabras* a la inteligencia infantil, antes de prepararla a recorrer por el esfuerzo propio el camino desde la sensación-percepción a la abstracción, pasando por el juicio y el raciocinio, se le hace incapaz de asimilar el significado abstracto de las palabras, y apremiado por el maestro a retenerlas, y aún en mayor número que los que podría asimilar normalmente, las fija en su memoria como serie de sonidos y de formas que se mantienen asociadas entre sí, pero aisladas de la realidad objetiva y de la realidad mental.

Entonces ¿cómo extrañar que el niño no comprenda lo que estudia, que no ame la lectura o que se desarrolle en él ese há-

bito nefando de aprender de memoria, o esa afición desordenada de almacenar palabras y palabras sin preocuparse de lo que encierran, enorgulleciéndose sólo por el número y el buen sonido?

El niño se siente seducido por las relaciones que las palabras despiertan y se embriaga con su belleza fonética, las recibe y conserva con placer, y a pesar de todo con algún provecho.

El *medio* de expresión domina de pronto y se convierte en *fin*, ya no es el concepto que lo induce a producir, sino la belleza de la forma; así la región de la abstracción artificial ensancha los dominios en su inteligencia y lo incapacita cada vez más en sus relaciones normales con la realidad; la memoria verbal lo invade todo, poco a poco se ciegan los canales asociativos que van del recepto al concepto. Y el niño se vuelve incapaz de observar, de retener lo que vé, de prestar atención al mundo en que actúa.

El ideal consiste en ligar la educación a la vida, hacerla surgir de la vida; el medio más eficaz para alcanzarlo prácticamente, es cultivar la inteligencia adquiriendo los conocimientos en la realidad misma. Es que no se educa, si al alumno no se le hace descubrir detrás de cada palabra su significado; si no se le compromete a usar siempre términos que entienda perfectamente, si no se le obliga a no usar las palabras del texto sino palabras halladas por él, frases y expresiones construídas y explicadas por él mismo; si no se le exige que no cite a quien no conozca, estimulándole a hacer suyo asimilando lo que otros conquistaron; si no se hace de cada alumno un crítico de sí mismo, de los textos que maneja, de sus condiscípulos, de sus profesores; si no se logra despertar en él el espíritu práctico que aplica lo que sabe a mejorar la vida, y la vida a aumentar el saber.

Adquirido el hábito de ver en las palabras, casos, hechos, relaciones, y no simples sonidos, la lectura de la página más sencilla es fuente de conocimientos imborrables. Al interpretar un libro, rehace la labor del autor y se convierte en un autodidacta.

Paralelamente a la comprensión de lo estudiado debe marchar la *evocación*. La lectura habituará al niño gradualmente

a que imagine las escenas, se represente las descripciones, que intente dar forma, calor, vida, a todo lo que aprende, a que describa lo que más le agrada, a que invente luego con entera libertad. La geografía y la historia aprovecharán de esta imaginación reproductora así fortalecida. El dibujo libre, la *composición oral y escrita* (1) educarán la imaginación creadora.

Pero lo que superará todo será la adquisición inteligente del idioma. Enseñado como un organismo viviente, estudiado en sus mejores productos, despertará amor y respeto. El esfuerzo bien orientado de la mente infantil para asimilar cada nuevo término, le hará experimentar la agradable sensación del triunfo de la dificultad vencida, de las aptitudes desarrolladas, aumentará la potencia volitiva, la confianza en sí mismo que es fuente de la individualidad.

El lenguaje es para la psiquis, el alimento por excelencia, pero es un alimento concentrado y de difícil cuando no peligrosa digestión; pues si el vocablo no encierra muchas relaciones, innúmeras son los que sugiere e infinitas las que origina.

La enseñanza del idioma es el instrumento que desarrolla y aguza la mente, ensanchando y profundizando el conocimiento; es el nivel que permite colocar en un mismo plano de inclinación el mundo interno y externo, para que la corriente de la vida ascienda de la realidad objetiva a la subjetiva, o descienda del dominio del espíritu al de las cosas.

Sobre esta firme base se elevará la inteligencia a vislumbrar las más audaces teorías, a aplicar generalizando.

Habitado el niño y el hombre a descubrir la realidad tras el término abstracto, no admitirá ciencia teórica, ni hipótesis falaces; se preguntará siempre dónde están los hechos, dónde los resultados prácticos.

No soportará férula ni regla, le repugnarán prematuras abstracciones, opondrá el libre examen al *magister dixit*.

(1) Una de las deficiencias más graves de la actual enseñanza secundaria reside en la falta absoluta del estudio de la «composición literaria»; en parte esta deficiencia será suplida estudiando la valiosa obra de A. Albalat «L'art d'écrire». La «exposición oral», hecha metódicamente y dirigida por profesores competentes, llenaría una necesidad sentida en los establecimientos secundarios, ello redundaría en gran beneficio del futuro desenvolvimiento y acción social del estudiante.

El sistema de exámenes, actualmente en vigor, sobre todo el oral, pone en evidencia el resultado de un mal método de enseñanza. Como la escuela cultiva la memoria verbal, el examen investiga el poder mnemónico: *¿cuánto retiene* de tal asignatura? era y sigue siendo la preocupación escolar, en vez de *qué se retiene, cómo se recuerda* lo aprendido, y *para qué sirve* dicho conocimiento (1). ¿Qué forma debe darse al examen del alumno para que responda ampliamente a estos propósitos?

Todo examen debe ser práctico, es decir, que debe permitir la aplicación de la inteligencia integral al tema determinado.

No hay materia que no se preste a ser examinada inteligentemente. En historia por ejemplo en vez de exigir el relato de las guerras napoleónicas, se presentará este problema: *¿Cuáles hubieran sido las consecuencias del triunfo de Napoleón en Waterloo y de la subsiguiente reorganización del imperio francés?*, se debe dejar al alumno el tiempo suficiente para reflexionar, la respuesta encerrará datos suficientes para juzgar sobre el dominio del tema y el grado de desarrollo mental del examinado, además de su característica intelectual y moral.

Dada la forma práctica del examen-problema, desaparecen todos los inconvenientes que hacían del examen escrito un fraude. No más memoria mecánica, no más apuntes copiados, no más tema dictado por el compañero.

Dando el tiempo razonablemente necesario, puede dejarse la clase sin vigilancia y entregar a cada alumno cuanto texto o libro de consulta reclame. Nada ni nadie puede ayudarlos, salvo ellos mismos.

El examen escrito en estas condiciones, llena cumplidamente su propósito: conviene como medio inquisitivo, conviene como medio educativo.

El examen escrito liberta el espíritu de la presencia inmediata del juez que pesa y critica cada paso dado hacia la solu-

(1) Respecto al estudio de memoria, al estudio artificial abstracto y a la verdadera asimilación de los conocimientos por el sistema de las actividades, nunca se insistirá lo suficiente sobre el valiosísimo aporte del distinguido educacionista Sr. Ernesto Nelson en su «Plan de reformas a la enseñanza secundaria» que ningún maestro o bachiller medianamente culto debe desconocer.

ción del problema, de ahí la tranquilidad, la calma, el dominio fácil del tema.

El examen oral tiene también sus ventajas propias, es más semejante a la realidad, en él la lucha es abierta, el adversario está enfrente suyo, atacando, obligando a parar golpes, a defenderse, a echar mano de todos los recursos, imponiendo especialmente el absoluto dominio de sí mismo como probabilidad de éxito.

Además nos ofrece la oportunidad de oírnos a nosotros mismos — y en un momento difícil — lo que nos objetiva en cierto modo, permitiéndonos aquilatar las propias fuerzas y compararlas con las de los compañeros en igualdad de circunstancias, hecho que aguza el juicio, forma el criterio, temple el carácter y despierta el sentido íntimo de justicia, fuera de que el lenguaje gana en precisión, en energía, en facilidad de expresión, cada vez que el entendimiento pasa por uno de esos exámenes orales llevados a cabo inteligentemente.

La facilidad o dificultad del examen oral u escrito, difiere de un alumno a otro.

Los dos exámenes se complementan, pues demuestran y desarrollan aptitudes diferentes y no exigen igual suma de esfuerzos.

El examen en general tal cual se practica actualmente es una aparatosa tortura, resabio de anticuados prejuicios, que sostiene estos absurdos: que amueblar el espíritu es educarlo, que aprender de memoria es saber, que ingerir sin asimilar es alimentar, que reflejarse es poseer.

En cambio con la forma de examen que aconsejamos, ninguna facultad quedará ociosa; memoria, imaginación reproductora, imaginación creadora, juicio, raciocinio, las formas todas de la asociación de ideas entrarán en juego bajo el acicate de la emoción y del deseo de solucionar el problema. El lenguaje peculiar del alumno también podrá ser juzgado; en estos casos es imposible servirse de frases hechas, es inútil pedir socorro a la memoria verbal.

Así la materia objeto de examen es un medio para llegar al fin propuesto: *comprobar el nivel intelectual alcanzado, medir fuerzas, encauzar aptitudes*. Tal examen es además medio

eficacísimo de educar para la vida, sirviéndose de ella misma. ¿Acaso no se nos presentarán a cada paso problemas que solucionar, dificultades que vencer? ¿No depende muchas veces de un rápido y seguro golpe de vista, el concentrar hábilmente todas las energías, el intuir así una solución satisfactoria, al darnos cuenta de los peligros de una situación, al percibir las líneas generales que permiten orientarse? ¿Y no se duplican las fuerzas ante la dificultad superada?

Al vencido en repetidas pruebas, quedan dos caminos: apercibirse mejor para la lucha o renunciar a ella en ese terreno, y dedicar las actividades a algo más de acuerdo con sus aptitudes.

(Continuará.)

Samuel E. Bermann.